



Leo Zoreda La Cabezada - I

Texto y fotos: Leo Zoreda y Archivo

Dejando atrás los capítulos del Albardón pasamos a otra indiscutible seña de identidad de la doma vaquera: Nuestra inconfundible cabezada: “... las riendas anudadas, prieto el ahogadero, se embelesa mi jaca al diapasón de su mosquero...”.

Este aparejo, que aparentemente son cuatro correas unidas por hebillas, entraña una serie de medidas, técnicas y pequeños trucos para mejorar la acción de la frenería, la comodidad de la cabalgadura y la estética que posiblemente sea la más apreciada, aunque no la más valiosa.

En la cabezada vaquera, al igual que en todo lo vaquero, nada es capricho y todo tiene su función. Aunque en adelante utilizaremos la denominación de cabezada –que a mi juicio es la más universal de todas-, son múltiples los nombres que se asignan le según las zonas: calabresa, bocado, cabezal, brida, jáquima, etc. Don Álvaro Domecq hacía distinción entre la cabezada vaquera y la Jerezana.

Según el Maestro de maestros, la cabezada vaquera siempre tuvo ahogadero y, posteriormente, apareció la cabezada Jerezana, idéntica a la anterior pero sin este “seguro”. La razón del ahogadero radica en la esencia de todo en la vaquera: la premura. No siempre un vaquero cuenta con una jaca domada y, cuando se sale a faenar con un potro y hemos de

Las antiguas cabezadas vaqueras nunca tuvieron hebillas por su parte izquierda

atarlo a una encina, es todo un detalle por su parte que cuando volvamos a buscarlo esté donde lo dejamos.

Puestos a remontarnos a los orígenes, observamos que las antiguas cabezadas vaqueras nunca tuvieron hebillas por su parte izquierda. Hoy en día lo más práctico para el guarnicionero es poner hebillas en ambos lados, tanto en ahogadero como en carrilleras, para asegurarse de que sirva a todos los caballos, pero en vaquera no siempre lo más práctico es ni lo más bello, ni lo más puro.

También destaca la anchura de las antiguas cabezadas, de 30 y 35 milímetros, y por fortuna vemos últimamente jinetes que, con gran acierto, gustan de vestir a sus jacas con estas anchas carrilleras, en ocasiones para emular a los creadores y en otras por ser animales de cabeza grande en los que, ciertamente, su imagen se ve muy favorecida. Asimismo, algunos puristas encargan sus cabezadas con los mosqueros cortitos, cuatro dedos por debajo de los ojos, como antiguamente.

Volviendo a nuestros tiempos pasemos a analizar pieza a pieza esta herramienta de la doma:

Como norma general diremos que en cuanto a acabados, colores, bordados y demás matices el catálogo del vaquero elegante es muy corto: La cabezada vaquera siempre es de color avellana –mejor cuanto más envejecido- y no lleva más bordados que los tradicionales de frontalera y riendas en color avellana igualmente.

Las cabezadas negras, blancas, con calados imitando a los zahones, con repujados y demás zarandajas, quedan excluidos del buen gusto en Doma Vaquera, Acoso y Derribo, Ferias, Romerías, Galgos, etc. y, en definitiva, exento en todo el universo ecuestre que luzca un mosquero.

La frontalerera es la que anuncia a bombo y platillo “por ahí viene una jaca campera”. Encontramos que es una correa doblada en dos, cosida y bordada... pero ¿como? :

Ha de ser cosida a mano, por supuesto, de cabo a rabo para evitar que se despegue y se descuelgue por el peso del mosquero. Este cosido debe ser “a media carne”, para que el exterior de la frontalerera sólo luzca su bonito y secular bordado característico acompañado de su piña.

A mi juicio, nunca debe verse ni una sola puntada de hilo o cabo en una cabezada presentada a caballo. Todas las costuras han de quedar vueltas, mostrando sólo los bordados a correa de la frontalerera y el nudo de las riendas. Ambos bordados a correa muy estrecha y de piel de cabra muy fina. Cuanto más fina y estrecha más bello será el resultado.

Por el momento, el diseño del bordado será el de siempre, el más bello que se ha inventado hasta la actualidad, me encantaría saber de quién fue ese primer dibujo... Los acabados son dos, frontalerera plana o tradicional y, recientemente, se ven muchas alomadas; es decir, en forma de media caña.

La virtud de la alomada, amén de la estética, radica en ser mucho más resistente a vencerse por el peso dada su forma; eso sí, busquemos que sea muy fina en sus cantos. La medida de esta debe ser la adecuada a cada caballo para que no huelgue o apriete demasiado; por regla general, para un caballo medio, tiene 33 cms. de luz, pero con tanta diversidad de cruces en la actualidad hay que recurrir a tomar medidas para asegurarse un buen resultado.

El mosquero, como todos sabemos, puede ser de agujetas de cuero, seda o cerdas, pero prefiero tratar sólo el de agujetas, para poder dedicar un artículo a los grandes artistas de las fibras.

El movimiento del mosquero, como testigo de la reunión al paso, es algo controvertido y dicen los equitadores que hay caballos capaces de meterlo sin meterse debajo del aparejo, pero es realmente cierto que la buena confección y el buen mantenimiento ayudan a ello.

Recuerdo con emoción una actuación del Maestro Olivera con Turroneira, donde el mosquero entraba en la pista a un ritmo que no perdía en ningún momento, ni en el paso atrás, ni en transiciones, ni en apoyos... como un diapasón infalible llegó al saludo final y aunque pueda parecer incompresible a algunos, eso a un guarnicionero le pone el bello de punta y si es un enamorado de la Doma Vaquera le emociona sobremanera.

Este añadido, anterior a la Doma Vaquera, ha de ser construido a partir de dos piezas de cuero de unos 6 cms. fileteadas en 12-15 tiras o agujetas, de unos 3-4 mm de anchas, unidas en dos capas a la frontalerera. La longitud oscila entre 25 y 30 cms. La primera capa del mosquero ha de tener una agujeta más que la segunda, para lograr que a caballo parado queden todas bien colocadas y rectas y no alguna colgando por fuera, que afea bastante.



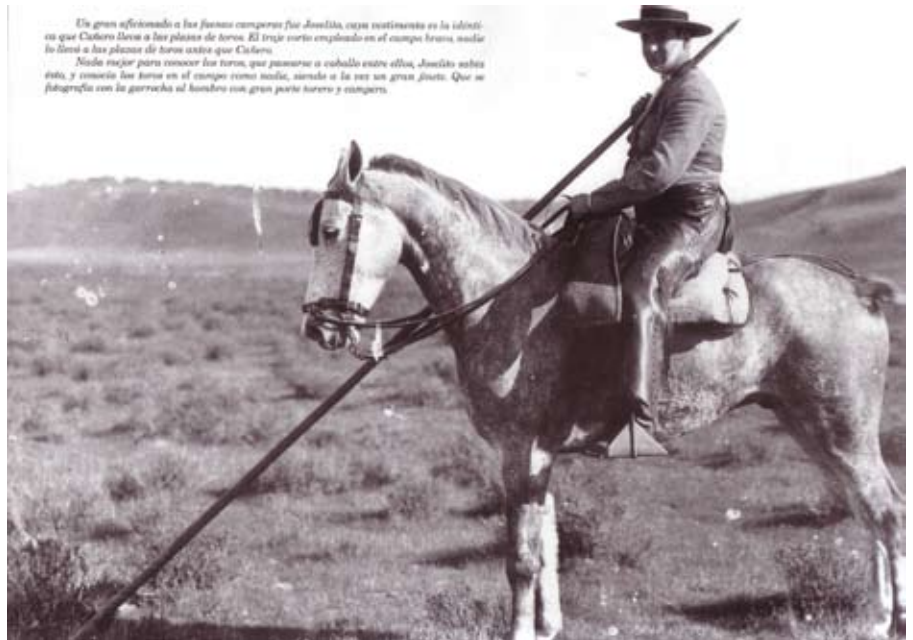
Arriba:
Fernando Villalón

Centro:
Eduardo Miura de niño
en Zahariche

Para el buen movimiento del mosquero es preferible que sea un poco más grueso en su parte baja y, a su vez, esté rebajado en el tramo más alto, esto hará que el peso inferior impulse más las agujetas, al tiempo que si tenemos la precaución de engrasar por el lado de la carne solo los primeros cuatro dedos, la parte baja del mosquero irá haciéndose más rígida con el sudor y la parte alta más flexible, consiguiendo que el mosquero vuele acompasado y no las agujetas en todas direcciones.

Las carrilleras es una pieza que trae un poco de cabeza a guarnicioneros y caballistas cuando no se toman medidas del caballo. En algunos casos queda demasiado alta la hebilla y llega a montar en la oreja, sin permitir que la frontalerera tome su postura adecuada, y en otros demasiado baja o, lo que es peor, a la altura del ojo, lo que podría llegar a causar un grave accidente en caso de lesionar tan delicado órgano.

Reitero lo dicho en líneas anteriores, las hebillas de la carrillera sólo por la izquierda. La anchura de



*Un gran aficionado a las faenas campesinas fue Joselito, cuyo tratamiento es la idéntica que Cañero lleva a las plazas de toros. El trujo corto empleado en el campo bravo, nada le lleva a las piezas de toros oxidas que Cañero.
Nada mejor para conocer las toras, que pasearse a caballo entre ellas, Joselito usaba esto, y romaba las toras en el campo como nadie, nunca a la vez un gran jinete. Que se fotografía con la garrucha al hombre con gran parte torero y campero.*



la carrillera más extendida en la actualidad es de 22 milímetros, aunque puede llegarse hasta 30 milímetros, siempre que se respete la medida de los mozos que, para bocado vaquero, ha de ser de 22 milímetros.

En el caso de la Doma Vaquera llevará ahogadero, con hebilla también solo a la izquierda, y formando una sola pieza con la testera, resultando por ejemplo una correa de 35 milímetros dividida en 22 para carrillera y 14 para ahogadero, quedando unidas en el centro a 35 milímetros.

Es bastante útil dotar a la hebilla de la carrillera de un rozadero para evitar erosiones en animales de piel fina, ya que en la zona que trabaja esta hebilla encontramos poca masa muscular y el roce de piel hueso y hebilla puede provocar erosiones.

Los mozos son las pequeñas piezas que amarran el bocado y que siempre han de tener 22 milímetros de ancho, independientemente de la medida de la carrillera que lo soporte, ya que es la luz que tienen todos los portamozos de los bocados vaqueros.

Problema: que no entran bien los bocados, pelham, filetes y demás.

Solución: A bocado inglés cabezada inglesa o bien encontrar su homólogo en vaquero, que también existe. Es muy recomendable que a estos mozos vayan unidos unos sobremozos que protejan la carne del temido óxido. El óxido, al penetrar en la carne del cuero, destruye sus fibras, lo vuelve quebradizo y acaba con él. Para evitarlo, estos sobremozos, van con la flor hacia arriba en contacto con el hierro y repelen el posible óxido al volverse brillantes e impermeables a él. En caso de romperse por desgaste solo tendremos que sustituir esta pequeña pieza, sin alterar el color de nuestra cabezada.

La importancia de ambas piezas, su grosor y anchura adecuados, a decir de los expertos en equitación, es evitar que el bocado “se pase”. Las medidas correctas hacen que el bocado vuelva a su posición original después de accionar las riendas. Estos mozos se dotan de dos puntos, el superior es para portamozos bajos (3-4 cms.) y el inferior para portamozos altos (4-5 cms.), ayudándonos a que el mozo quede siempre en su lugar correcto, con independencia del bocado que se utilice. Estos irán asegurados por dos pasadores que eviten que las puntas de los mozos cuelguen hacia fuera, fallo harto antiestético. ■ (Continuará)



Arriba izda: Antonio Cañero en un tentadero

Arriba dcha: Joselito el Gallo a campo abierto

Centro izda: Detalle del bordado de la frontalera

Centro dcha: Detalle de los mozos

Abajo: Una excelente cabezada colgada de la perilla